

# 204

Bitácora de viajes  
Etnairis Rivera

## RITUAL DEL KOLLASUYO



Cruzó el Titicaca en noche de luna llena para llegar al Kollasuyo. Las aguas saladas del lago se levantaban como olas. El lago quedó en las alturas cuando la tierra resurgió del fondo del mar, en tiempos del olvido. Cruzó las puertas del Sol y de la Luna para siempre. Se vio ataviada de la vestidura ancestral.

Contempló la ciudad desde arriba. Bajó en espiral, a caminar las calles de La Paz, en Bolivia, tierra mineral, estaño, cobre. El Titicaca bordeó el cuerpo de sus caminos, el augurio de los días desde su fondo mágico y real.

Amó en especial a un campesino rebelde del Beni, nombre de serpiente Jichi, corazón de paloma. Le llevó frutas y libros, su sonrisa y presencia entendida en el amor.

Es como el agua y el azúcar le decía del amor...

Visita de domingo, pomito de alegría, por aquella vez que leyó las delicadas venitas en las hojas sagradas de la coca, se enamoró en un día martes.

Caminó por las galerías de arte, conoció artistas admirados por gringas, y el peso, se alejó de los aspirantes a oligarcas. Caminó con los artistas de la hierba húmeda en el Valle de la Luna interesados en el aymarará e hicieron un festival de alegrías por el vuelo, un poema hicieron en Bolivia donde regó versos al viento y al pie del nevado Illimani, encendido al atardecer y poderoso.

Recordó a Tiawanaku en todo su esplendor, en sus túnicas y ofrendas de Kalasasaya donde fue la flor selvática que dio capullo y una canción que traía a los ángeles del Mar a esa tierra mineral y dura, estaño, cobre.

Los ángeles del Mar consolaron de la dictadura y el abandono, donde no había Mar sino el deseo de mar, los Andes más encumbrados, la imagen del cóndor en las caras de algunos, en las rocas agrestes.

Fue por todo el país, nieve vio cuando caía en agosto por su amplia luna afligida, cubría las montañas, el pino y el eucalipto que antes fueran verdes y casa de los pájaros en su ventana.

Hubo entonces un planeta adverso como ahora, sólo que ahora la aflicción es más suave, la despedida es más dulce. Dijo que no halló por completo lo que fue a buscar, dijo que tal vez regresaría sin ello a las islas donde es otra la vida. No supo ya lo que buscaba, dijo que el secreto en los templos en la tierra de la nueva era prometida por las estrellas, esas estrellas tan claritas, tan cercanas en el altiplano.

Encontró algunas flores, encontró el río en Calacoto, la cara plasmada de la luna en su valle, los ojos en la lejanía, el té, la mermelada en su mesa, el agua ñañita, clandestina, la música en el mundo de su boca.

Pasó por Yungas y los senderitos selváticos embriagantes pasaron por ella, los gigantes helechos, juncos colgantes de ramas tan altas, de árboles anchos como esperanzas, el piar novedoso de múltiples pájaros desconocidos sobrevolando su cabeza. Las caudalosas caídas de agua quedaron prendidas de sus cabellos, circularon por su sangre y se acomodaron en insospechados rincones para ya nunca abandonarla.

Caminó huidas y llegadas, escribió un canto a la Madre Tierra y se fue a Charazani, la tierra de los magos callawayas. Se curó de puro amor y yerbas y amapolas, sembró sara y hortalizas. Amó los surcos de la chakra, el sol que los bañaba y el río. Fue hoja y rocío en esencia, noche de astros en medio del ritual de una tierra oculta.

Hizo caminos que no salieron a la Mar, caminos que se hacían más hondos, a cada aire, a cada aliento. Empujó rocas que se opusieron a su curso y sembró la semilla enloquecida del verde. Las hojas bajo el viento llenaron el ámbito de cantos espaciales.

Todo le parecía igual a los seres densos, a las marionetas, a los ricos muñequitos de trapo de rutina, como si no danzaran por allí los devotos de la Madre Tierra, el corazón de paloma, las manos del Che, los ángeles del Mar, su canción desparramada a la vida libre.

## BITÁCORA DE VIAJES

Los atardeceres la alimentaron y no la dejaron morir. Vivió para esperar el momento elevado del crepúsculo, los cielos encendidos, las nubes rojas que entraban por sus ojos y se apoderaban de su canto y de su andar.

Después salió, no sin antes tirar como semilla la última canción de sangre viva que salía de su boca. Recogió los tejidos, los papeles escritos bajo el arrobo, la manta de plumas, la vincha, la chuspa, las turquesas, pedacitos de barro encontrados en las ruinas que moldearon y pintaron los antepasados kollas, un libro de leyendas de Yawar Malku, un pan.

Se despidió del Illimani y cruzó la frontera al norte, donde los quechuas...